

Francesc Cambó: un regeneracionista desbordado por la política de masas

Borja de Riquer i Permanyer

Universidad Autónoma de Barcelona

«iLa massa no té dret a intervenir en les grans resolucions en què es decideix la sort dels pobles perquè és segur que, a cada moment, en les nostres latituds, la massa votara la solució més desencertada!»

[Francesc Cambó, *Memories* (1876-1936), p. 309]

1. Presentación

Como es sabido, el desastre de 1898 pondrá en evidencia que España no sólo era una «nación moribunda», como había proclamado lord Salisbury, sino también que existía una profunda crisis de identidad nacional, de credibilidad y de confianza en el sistema político forjado por Cánovas un cuarto de siglo antes. Parafraseando a Leandro Prados, pienso que puede sostenerse que la España de entonces se encontró ante la perplejidad de constatar que estaba pasando «de imperio arruinado a nación cuestionada».

Tras el desastre, y como respuesta a la crisis política, surgirán diferentes proyectos de regeneración y de reforma política, pero sólo tres de ellos llegarán a adquirir una auténtica relevancia. Son los protagonizados por Antonio Maura, José Canalejas y Francesc Cambó. La propuesta del nuevo conservadurismo, que tendrá a Antonio Maura como principal inspirador, ha sido notablemente estudiada aunque aún hoy

exista una rica controversia sobre su carácter y sus limitaciones ¹. Las grandes expectativas abiertas por José Canalejas se vieron pronto frustradas por la muerte del líder liberal ². Y con respecto al proyecto regeneracionista de Francesc Cambó, que en el presente artículo pretendemos comentar, consideramos que la reflexión historiográfica ha sido hasta hoy quizás insuficiente y poco matizada ³.

Pero tal vez sea pertinente comenzar por una constatación básica: la gran novedad de la política española de principios del siglo XX, la única que a medio plazo logró tener una auténtica eficacia, ya que era el fruto de la movilización ciudadana, surgió en Cataluña y fue el catalanismo político representado por la Lliga Regionalista. En efecto, esta nueva formación política elaborará una propuesta que si bien se presentaba como regionalista, ya que aspiraba a lograr la autonomía para Cataluña, también venía a ser una suerte de regeneracionismo español, puesto que consideraba urgente una profunda reforma de la vida política. De hecho era la plasmación del sentimiento que el poeta Joan Maragall había duramente expresado en su «Oda a Espanya»: Cataluña era «algo vivo» gobernado por «algo muerto».

La presencia política del catalanismo en la política española planteará una serie de problemas nuevos, buena parte de ellos realmente no previstos. En primer lugar creará una notable preocupación en las élites políticas dinásticas, puesto que se trataba de un movimiento regeneracionista que surgía de la zona más desarrollada y dinámica del país, de Cataluña, y que, en buena parte, iba dirigido contra el sistema y los partidos del turno dinástico. De hecho, el carácter catalanista otorgaba al movimiento un doble carácter «periférico»: no estaba vinculado ni al centro geográfico ni a la oficialidad política. Para acabar de enredar las cosas el catalanismo político aparecía como el resultado de un importante proceso de modernización de los comportamientos políticos en la ciudad de Barcelona, ya que se había impuesto a las

¹ Véase, por ejemplo, las diferencias entre las tesis del libro de María Jesús GONZÁLEZ, *El universo conseroador de Antonio Maura. Biografía y proyecto de Estado*, Madrid, Biblioteca Nueva, 1997, y el de Javier TUSSELL, *Antonio Maura, una biografía política*, Madrid, Alianza Editorial, 1994.

² Aunque no trata de su etapa de Gobierno, el más actual estudio sobre el líder liberal es el de Salvador FORNER MUÑOZ, *Canalejas y el Partido Liberal Democrático (1900-1910)*, Madrid, Instituto de Cultura Juan Gil Albert y Ediciones Cátedra, 1993.

³ Pese a su indudable importancia las tesis sustentadas por Jesús PABÓN en su *Cambó* (3 vols., Barcelona, Alpha, 1952-1969) han sido ampliamente revisadas por la historiografía más actual.

tramas caciquiles oficialistas mediante una poderosa movilización ciudadana y la creación de un estado de opinión pública favorable a la causa catalanista. La dimensión modernizadora del catalanismo cuestionaba el funcionamiento y la representatividad de la vida política oficial y planteaba la necesidad de una renovación total de los partidos, de los dirigentes y de los procedimientos electorales para conseguir la auténtica identificación de la ciudadanía con las instituciones políticas. Porque el movimiento surgía ante la constatación de que existía un enorme déficit de legitimación democrática del sistema y de la apreciación de que éste era incapaz de renovarse desde dentro. Y finalmente, el catalanismo complicaba la situación política española, era un nuevo «problema», al presentarse con la voluntad de unir la lucha por la autonomía catalana a la renovación política de España. Era una propuesta que se presentaba como modernizadora y reformadora del Estado y que incluso llegará a reclamar la hegemonía catalana en una nueva España. El área más dinámica del país «exigía» participar activamente en el proceso de transformación del Estado y así salir de la «marginalidad» política.

y además, el catalanismo cuestionaba un aspecto esencial de la situación, ya que no sólo censuraba el modelo centralista del Estado, al demandar una descentralización administrativa, sino que iba mucho más allá, puesto que al reivindicar autonomía política venía a replantear la propia identidad nacional española. El discurso del catalanismo rechazaba el concepto de una España forjada por y desde Castilla y planteaba el necesario reconocimiento de una diversidad de identidades dentro del ámbito hispánico. Se trataba de una nueva idea de España, contemplada como un conjunto de pueblos diversos, de variadas identidades, unificados por un Estado común. Y Francesc Cambó fue, sin duda, el político catalanista que con más arrojo y lucidez planteó estas ideas y demandas en las Cortes Españolas durante las dos primeras décadas del presente siglo.

Hoy buena parte de la historiografía, e incluso de la reflexión política, presenta a Francesc Cambó como un gran hombre de Estado, casi como el único político realmente moderno de la Restauración. Se argumenta que frente a las tradicionales formas de hacer política de los dinásticos, basadas en la intriga, la tertulia, el amiguismo y el compadreo, Cambó era casi el único político realmente profesional, con ideario, visión de Estado, habilidad táctica, notable formación y capacidad para rodearse de una eficaz secretaría que le elaboraba dossiers e informes.

Igualmente la actual historiografía y las propias *Memories* de Cambó⁴ consideran un tema clave de la historia política española del primer tercio de siglo XX la frustración del proyecto reformista de Cambó y ponen un acusado énfasis en denunciar los obstáculos «casi insalvables» que provocaron su fracaso. Incluso se insiste en la búsqueda de los responsables directos de ello. Así, es ya casi un tópico la afirmación de que fueron las egoístas y cegatas élites dinásticas, que no comprendían lo razonable del proyecto camboniano, quienes lo boicotearon, y también recordar las graves responsabilidades contraídas por el propio Alfonso XIII, siempre receloso ante la catalanidad de Cambó.

Sin embargo, pienso que los historiadores hemos prestado escasa atención al estudio de la auténtica naturaleza de las propuestas reformistas de Cambó y a analizar sus limitaciones y sus contradicciones políticas. Porque hay una primera cuestión fundamental: ¿hasta qué punto fue imposible la pretensión camboniana de ser al mismo tiempo un estadista español, incluso presidente del Consejo de Ministros, sin por ello renunciar a su condición de dirigente catalanista? Es decir, ¿fue sólo su «catalanidad» lo que impidió a Cambó ser el gran «reformador» de España? ¿No sería también su conservadurismo social, su elitismo político y su voluntad de actuar al margen de las nuevas fuerzas sociales, que también emergían en España, lo que provocaron su fracaso?

Creo que no debe atribuirse exclusivamente a incomprendiones y sectarismos ajenos la causa de la frustración de los proyectos reformadores de Cambó, pese a que éstos sí existieron y fueron importantes. Debe recordarse que cuando Cambó tuvo la posibilidad de incidir de forma decisiva en la vida política española, como en 1917 ó 1931, acabó por inclinarse por aquello que Agustí Calvet (Gaziel), el director de *La Vanguardia*, calificaba de la «conveniencia práctica». Es decir, optó por la seguridad conservadora frente a la posibilidad de un cambio con ambición de futuro, pero con muchos riesgos. Por ello pienso que se ha reflexionado poco sobre el escaso, por no decir nulo carácter democrático de sus proyectos políticos. Porque no hay que confundir voluntad de reforma, de descentralización e incluso autonomía política con una auténtica democratización del sistema político español.

De hecho, Cambó pugnará por sustituir las viejas élites dinásticas, consideradas poco representativas e inmovilistas, por otras, más moder-

⁴ Francesc CAMBÓ, *Memories* (1876-1936), Barcelona, Alpha, 1981. Hay traducción castellana de Alianza Editorial, Madrid, 1987.

nas, más vinculadas a sectores sociales y económicos más dinámicos. Pero se trataba de sustituir unas minorías por otras y todo realizado «desde arriba». Quizás la principal contradicción de Francesc Cambó fue que quiso ser al mismo tiempo un movilizador catalanista y un elitista que aspiraba a la regeneración de España. Y no sólo esos dos papeles eran totalmente incompatibles, sino que acabó fracasando en ambos.

2. El catalanismo intervencionista, fruto de la modernización política

No creo demasiado necesario explicar aquí con detalle el porqué de la emergencia del catalanismo conservador, la Lliga Regionalista, en 1901 como consecuencia de la repercusión de la crisis del 98 y del desprestigio y agotamiento de los partidos dinásticos en Barcelona, y particularmente del Partido Conservador, incapaz de adaptarse, tanto política como ideológica y organizativamente, al cambio experimentado por la sociedad barcelonesa⁵. La reacción ciudadana producida en Barcelona durante las elecciones generales de mayo de 1901 fue un evidente síntoma de modernización política. En Barcelona había un claro convencimiento de que el sistema político no permitía la libre competencia, no favorecía la elección de auténticos representantes de la ciudadanía sensibilizada y era generalizada la impresión de que éste sólo servía para satisfacer las ambiciones de los políticos «de Madrid» y de sus domésticos locales. Por ello importantes sectores de las «clases neutras» se aproximaron a una opción política no revolucionaria, como eran los catalanistas de «La Veü de Catalunya», que proclamaban con insistencia la necesidad de acabar con el sistema caciquil y arrebatar el poder local y la representación política en Madrid a los dinásticos. La intransigencia y cerrazón del gobierno Silvela-Dato acabó por vincular a las clases neutras barcelonesas a la causa del catalanismo. Y así se produjo la convergencia entre estos sectores y los catalanistas posibilistas de «La Veü», que exigían una mayor representatividad de la vida política y la revisión de la organización del Estado.

⁵ Véase Borja DE RIQUER, *Lliga Regionalista: la burgesia catalana i el nacionalisme (1898-1904)*, Barcelona, Edicions 62, 1977, Y también «El conservadorisme polític català: del fracàs del moderantisme al desencís de la Hestauració», en *Recerques*, núm. 11, Barcelona, 1981, pp. 29-80.

La Lliga ofrecía a las «clases neutras» la posibilidad de pugnar por la reforma de la vida política española y la mayor eficacia gubernamental a partir de un instrumento político que podrían considerar propio. Como muy bien explicaba en 1901 el viejo conservador catalán Manuel Durán iBas, ex ministro de Gracia y Justicia del gobierno Silvela, «... el regionalismo ha encontrado aquí fuerzas, más que en las personas que se distinguen como catalanistas, en las clases que viven alejadas de la política, porque consideran que los partidos y los Gobiernos que los representan han sido la causa de nuestras grandes catástrofes»⁶.

La Lliga Regionalista evolucionó rápidamente, en tan sólo tres años, de ser un frente patriótico, centrado en el rechazo al sistema, a convertirse en un partido regionalista conservador. Primero fue la constatación de su conservadurismo social durante la huelga general obrera de Barcelona de principios de 1902. Entonces la dirección de la Lliga denunció a los huelguistas, según ella incitados por agitadores forasteros, y apoyó incondicionalmente a los sectores patronales. Después vino el cuestionamiento de la inicial actitud antimonárquica hasta derivar en un monarquismo *de jacto*. Del sorprendente boicot a las fiestas de la coronación de Alfonso XIII (mayo de 1902) se pasó a participar en la recepción al monarca y al primer encuentro de éste con Cambó (abril de 1904). Esta actitud de Francesc Cambó y Enric Prat de la Riba, ya claramente partidarios de la intervención en la política española, provocó la primera escisión en el partido, con la salida de los elementos más liberales y prorepublicanos. Fue entonces cuando Cambó señaló que la Lliga Regionalista debía constituirse básicamente a partir de «los elementos conservadores y de orden».

Pese a ello, la Lliga Regionalista mantendrá un discurso claramente interclasista, ya que esto constituía un elemento básico de su ideario fundacional. Los políticos regionalistas catalanes, y Cambó en primer lugar, siempre proclamarán su voluntad de representar y defender los intereses de «toda Cataluña», y así plantearán como elemento central de su actuación política frente a los gobiernos de Madrid la necesidad de estar apoyados por una «solidaridad vertical» catalana. Y además, la Lliga era una formación política que se presentaba como moderna y reformista. Realmente era un partido de nuevo tipo, con cuadros profesionalizados y militantes, que convocaba a la ciudadanía a la lucha

⁶ Carta de Manuel Durán iBas a Teodor Llorente, de 5 de julio de 1901, Arxiu Durán iBas, Arxiu Nacional de Catalunya.

electoral para recuperar el poder municipal y provincial, a pugnar por la consecución de un organismo de poder catalán y para reformar la vida política española. Y todo ello con la hábil táctica de plantear una lucha frontal contra el fraude y la corrupción allá donde el caciquismo dinástico era hostil al catalanismo conservador. Allá sí que defendía la necesaria movilización del electorado y la transparencia electoral. Pero donde era posible el pacto con fuerzas tradicionales hubo un descarado aprovechamiento de las viejas tramas caciquiles en su exclusivo beneficio. Así, en su rivalidad con los partidos dinásticos en Cataluña los regionalistas de la Lliga aparecieron como decididamente partidarios de la representatividad del sistema. Pero donde se habían disuelto o erosionado los dinásticos, los regionalistas tendieron a sustituirlos ganándose a las «fuerzas vivas» y pusieron todo tipo de trabas caciquiles a la participación ciudadana si ésta podía beneficiar a los republicanos.

Con las victorias electorales de la Lliga y de los republicanos se produjo una auténtica ruptura política con el sistema de partidos dominante desde los inicios de la Restauración, ruptura que primero se consolidó en la ciudad de Barcelona y luego progresivamente se extendió al resto de Cataluña. Desde 1901 en Barcelona ya no será elegido ningún diputado dinástico; desde 1905, ningún concejal. Y a partir de las elecciones de 1907, con el triunfo electoral de la Solidaritat Catalana, en el conjunto de Cataluña el número de los diputados no dinásticos (republicanos y regionalistas de la Lliga) siempre será superior al de todos los dinásticos, siendo Cataluña la única región donde se producirá ese fenómeno. Así, en Cataluña se llegará a configurar un sistema político propio, diferente del estatal, condicionado por la creciente presencia del catalanismo conservador, la Lliga Regionalista y por la reactivación del republicanismo en sus diversas tendencias: lerroujismo, izquierda catalanista, etc. ⁷

3. La «cuestión catalana» se plantea en el Congreso

Sin embargo, hasta 1905 para la clase política dinástica la cuestión catalana no dejó de ser un «problema» relativamente menor. Se trataba

⁷ Desde 1914 la Lliga Regionalista será la primera fuerza parlamentaria de Cataluña aunque no tendrá nunca la mayoría absoluta. El número de sus diputados oscilará entre un mínimo de 12, en 1914, a un máximo de 21, en 1918, sobre el total de los 44 elegidos en Cataluña.

de una temática «regional», de importancia política muy relativa, que era contemplada con un cierto incomodo, aunque sin otorgársele demasiada importancia. El gran cambio vendrá a partir de los famosos incidentes del iCu-Cut! (25 de noviembre de 1905), del debate sobre la Ley de Jurisdicciones y, sobre todo, de la gran movilización popular que dará lugar a la formación de la Solidaritat Catalana.

La utilización de la jurisdicción militar como elemento represor de unos planteamientos que fueron abusivamente calificados de «separatistas» fue un gran error político de los gobiernos Montero Ríos y Moret, error que los liberales acabaron por pagar con creces en Cataluña. Porque la Ley de Jurisdicciones tuvo la virtud de lograr en Cataluña un efecto totalmente contrario al buscado. Provocó una amplísima reacción política y ciudadana, impensable en cualquier otra zona de España, ya que abarcaba desde los carlistas hasta buena parte de los republicanos. Gracias a la Solidaritat, el catalanismo, que sólo tenía presencia institucional y fuerza electoral en una parte de Cataluña -tan sólo estaba presente en unos pocos ayuntamientos, en las diputaciones de Barcelona y Girona y en las elecciones de 1905 había obtenido un total de siete diputados-, se extendió rápidamente por todo el territorio catalán. Su impresionante capacidad de movilización ciudadana -las 200.000 personas concentradas en Barcelona en mayo de 1906- y su arrollador éxito electoral en las elecciones de 1907 -la Solidaritat logró 41 de los 44 diputados que se elegían en Cataluña- convirtió finalmente la cuestión catalana en un «preocupante problema» de Estado.

La victoria de la Solidaritat provocó no poco temor entre los dirigentes de los partidos dinásticos. Gracias a la Solidaridad los conservadores y los liberales casi habían desaparecido del mapa político catalán, cosa que dio una imagen un tanto exagerada del movimiento catalanista, presentándole como mucho más radical y mucho más unitario de lo que en realidad era. Y con la Solidaridad hizo su aparición en el Congreso de los Diputados Francesc Cambó. Desde entonces la vida política española, durante dos décadas, estará marcada por las propuestas del catalanismo reformista de la Lliga y por el protagonismo de su líder, Cambó.

La irrupción de Cambó en el Congreso de los Diputados, en 1907, produjo un impacto considerable, ya que la clase política dinástica no se encontró ante un político «provinciano», estrecho de miras, que venía a reivindicar los derechos de su pequeño país, sino ante un

hombre de Estado que sorprendía por la seriedad de su diagnóstico de la situación, por la firmeza con que pretendía hacer compatibles sus convicciones catalanistas con la reforma del conjunto del sistema político español y por la audacia de su tacticismo y de sus propuestas. Porque, junto a Maura y Canalejas, Cambó fue quizás el político más innovador que surgió en la política española en las dos primeras décadas del siglo. La vida política española de entonces estaba aún marcada por unas pautas claramente elitistas, en las que el liderazgo era fundamental. Cambó será el hombre de la política española de la Lliga desde 1907, Y tras la muerte de Prat de la Riba, diez años después, se convertirá en el líder indiscutible del catalanismo hegemónico. Y la propia Lliga Regionalista acabará identificándose de tal forma con su liderazgo que la suerte del partido se vinculará ya para siempre a la de Cambó, tanto en sus éxitos como en sus fracasos.

La Solidaritat significó la gran oportunidad para la presencia catalanista en la política española. Pero este movimiento no disponía de un programa concreto sobre la reforma del Estado, sino que su ideario era básicamente defensivo, de rechazo de la política «anticatalana» de los gobiernos liberales y de reafirmación en la personalidad del país. Por ello, frente a la retórica testimonial e inconcreta de buena parte de los parlamentarios solidarios destacará el «realismo» de Cambó, cuando entre a discutir y a negociar los proyectos de Maura.

Inicialmente el tacticismo de Cambó sorprenderá y confundirá, ya que existía una notable incredulidad ante unas propuestas de reformas del Estado planteadas desde la exigencia de la autonomía catalana. y mucho más cuando su actitud de firme defensa de los principios autonómicos no le impedía aprovechar el debate sobre el proyecto maurista de la Ley de Administración Local para introducir la posibilidad de que las Diputaciones Provinciales pudieran mancomunar sus servicios. Como es sabido, el proyecto de Ley de Administración Local de Maura reintroducía de forma parcial el sufragio indirecto o corporativo para la elección de un tercio de los concejales y diputados provinciales, cosa que anulaba el principio democrático de «un hombre, un voto». Por ello las izquierdas, incluidos los liberales, lo rechazaron claramente. No así la Lliga, que por boca de Cambó dará su explícito apoyo a la ley. Para la izquierda solidaria la Lliga Regionalista se verá claramente beneficiada si se aprobaba la reforma maurista.

En el curso de los debates parlamentarios del gobierno largo de Maura se pudo apreciar que sólo una minoría de políticos dinásticos,

básicamente los conservadores más vinculados a don Antonio, veía la necesidad de integrar políticamente a los catalanistas como medida positiva para reforzar el régimen y la propia monarquía. En cambio, entre la mayoría de los dinásticos predominaban las reticencias, cuando no la franca hostilidad, a las propuestas de Cambó.

Por otra parte, la actitud de Cambó y toda la Lliga después de la Semana Trágica y durante el proceso de Ferrer i Guardia, su acuerdo total con la política dura del gobierno Maura, no sólo evidenciaba su conservadurismo social. Fue, sobre todo, una muestra de apoyo y solidaridad con el propio Maura frente a los duros ataques que éste recibía de liberales e izquierdistas. La amistad y sintonía política entre Cambó y Maura empezó realmente entonces. Eran dos conservadores que manifestaban su voluntad de transformación de la situación y para los que empezaba a ser bastante enojosa la viciada vida política oficial y a los que irritaba notablemente la actitud de los liberales.

Ya entonces, a finales de 1909, Maura quiso atraerse a Cambó y convertirle en un firme colaborador de sus proyectos. Maura llegó a plantear a Cambó la posibilidad de participar en la configuración de un nuevo sistema de partidos del turno 8. Evidentemente la tentación de incorporarse como el gran líder de una nueva formación política reformista española era grande. Pero en Cambó, como en Prat, predominaron entonces las dudas y vacilaciones. Pese a que ambos eran ya partidarios de total integración de la Lliga en la política dinástica, no creyeron prudente apoyar una operación tan arriesgada y de muy incierto resultado, ya que exigiría a Cambó convertirse básicamente en un dirigente español. A las dificultades que sin duda encontraría Cambó para «aclimatarse» a la vida política de Madrid habría que añadir las repercusiones que provocaría en Cataluña tal decisión.

⁸ En su carta a Prat de la Riba, de 21 de octubre de 1909, CÀMBÓ explica su entrevista con Maura y escribe: «M'ha dit que l'eliminació del partit liberal depenia de mi, dones si jo aixecava la bandera d'un partit espanyol reformista gran part dels seus vindriem amb nosaltres i ell tindria una satisfacció immensa amb que formessin així els dos partits turnants... Crec que aquesta es una solució a pensar... crec que no perderiem res a donar algún entretenc a la conveniencia de la creació d'un partit regionalista espanyol a base nostra... L'exèrcit i el rei confien molt en nosaltres. Suposo haureu vist l'article de fondo de la "Correspondencia Militar" d'avui aconsellant als militars de Barcelona que ens votin a nosaltres», Arxiu Prat de la Riba, Arxiu Nacional de Catalunya.

4. La Mancomunitat, la victoria catalanista que acentuará la descomposición dinástica

En las elecciones de 1910 se produjo un grave revés electoral de la Lliga y de Cambó, en buena parte por el hecho de que su apoyo a Maura había acentuado su imagen derechista. Ante tal situación, la dirección de la Lliga Regionalista pasó a dar total prioridad de la cuestión catalana. Se inició así una política de presión y de negociación con los diferentes gobiernos, haciendo un hábil aprovechamiento de la crisis y debilidad del sistema de turno y de las pugnas internas de los partidos dinásticos, para plantear un primer paso hacia la constitución de una instancia de poder regional, la Mancomunitat de Catalunya. Además, la campaña pro-Mancomunitat sirvió a la Lliga para movilizar de nuevo a toda Cataluña, para recuperar la iniciativa política y para aprovecharse de los errores de las izquierdas catalanas (fracaso de las alianzas electorales de republicanos nacionalistas y lerrouxistas en 1914).

El proceso que llevó a la Mancomunitat es sobradamente conocido, aunque sorprende realmente que Canalejas, después de haber combatido duramente los proyectos de reforma de la administración local de Maura, fuera quien asumiera la posibilidad de que se constituyera una mancomunidad de las cuatro Diputaciones catalanas. El 25 de mayo de 1912 el gobierno Canalejas presentó a las Cortes una Ley de Mancomunidades que sólo recogía una parte de lo que proponían las Diputaciones catalanas, ya que sólo posibilitaba gestionar conjuntamente los servicios que ya tenían las Diputaciones y no contemplaba ninguna delegación de competencias de la Administración central a las futuras mancomunidades. Pese a las reticencias de los republicanos catalanistas, al final se impuso el posibilismo de Cambó y se aceptó la propuesta de Canalejas.

El proyecto encontró en las Cortes una muy dura oposición de gran parte de los conservadores, de los liberales liderados por Moret y Alcalá Zamora y de los republicanos. Pero el asesinato de Canalejas, el 12 de noviembre de 1912, provocó la paralización del trámite del proyecto. Preocupados por la situación de bloqueo, casi un año después, el 24 de octubre de 1913, la asamblea conjunta de los senadores y los diputados catalanes solicitó al gobierno Dato que, dado que las Cámaras legislativas no acababan de aprobar la ley, dictase un Decreto-ley facul-

tando a las Diputaciones a mancomunarse. Tras arduas gestiones de algunos parlamentarios de la Lliga, especialmente de Ioan Ventosa y el mismo Cambó, ante Dato, insistiendo en que el «único medio de evitar una fuerte agitación en Cataluña» era el otorgamiento por Decreto del proyecto de mancomunidades, el gobierno accedió. Así, el 18 de diciembre de 1913 finalmente se publicó el Real Decreto que autorizaba a las Diputaciones Provinciales a mancomunarse con fines exclusivamente administrativos. El estatuto de la Mancomunitat de Catalunya fue aprobado por el gobierno el 24 de marzo de 1914 y el 6 de abril se constituía oficialmente esta institución ⁹.

Los efectos del debate parlamentario sobre la Mancomunidad fueron importantes: en primer lugar, porque desde entonces «la cuestión catalana» pasó a tener un protagonismo decisivo en la vida política española. Los catalanistas habían logrado convertir sus reivindicaciones en una temática clave para las hipotéticas pretensiones reformistas de todas las opciones políticas. La cuestión de la descentralización pasaba a tener así un protagonismo fundamental. Además la Lliga y Cambó habían actuado con una notable habilidad política al conseguir sus primeros objetivos sin subordinarse a ninguno de los partidos dinásticos ni a sus líderes (Maura o Canalejas). Habían demostrado tener una notable capacidad de negociación, primero con Maura, después con Canalejas y finalmente con Dato. Sin hipotecarse a ninguno de ellos, habían incluso explotado hábilmente las divisiones internas de los dinásticos. Ellos salían de todo el proceso como los grandes ganadores. En cambio el debate tuvo un gran coste político, tanto para los liberales como también para conservadores. Entre los liberales se produjo la creación de un sector claramente hostil a toda demanda descentralizadora, mientras que en los conservadores se profundizó la hostilidad entre mauristas, ciervistas y datistas. La oposición de la mayoría de los parlamentarios dinásticos a la Mancomunitat, como después lo será a la reintegración foral vasca (1917) y al proyecto de estatuto autonómico catalán (1918-1919) significaba no sólo la clara actitud de reticencia de las élites gobernantes a cualquier tipo de reforma, por moderada que ésta fuese. También era una clara muestra de la reacción «españolista»

⁹ Sobre la formación de la Mancomunitat, Albert Balcells, Enric Pujol y Jordi Sabater, *La Mancomunitat de Catalunya i l'autonomia*, Barcelona, Institut d'Estudis Catalans i Edicions Proa, 1997. Sobre el debate parlamentario, Enric UCÉLAY DA CAL, «La Diputació i la Mancomunitat: 1914-1923», en Borja DE RIQUER (dir.), *Historia de la Diputació de Barcelona*, vol. II, Barcelona, Diputació de Barcelona, 1987.

provocada por la cuestión catalana: tanto en el Congreso como en el Senado abundaron los discursos esencialistas sobre el grave peligro que acechaba a la unidad nacional española como consecuencia de la Mancomunitat, y se argumentará que ceder ahora sería el primer paso a la «desmembración de la patria».

Frente a esto se había configurado un auténtico bloque catalán, bastante homogéneo, bajo la clara hegemonía de la Lliga Regionalista, ya que la reivindicación de la Mancomunitat siempre había contado con el apoyo de los republicanos catalanistas, de los carlistas e incluso de algunos dinásticos catalanes. La Mancomunitat fue el primer gran éxito político de la estrategia posibilista y gradualista de la Lliga. Gracias a mancomunar las cuatro Diputaciones Provinciales catalanas se restablecía la unidad administrativa de Cataluña, aspiración fundamental del catalanismo desde hacía decenios. Prat de la Riba, desde este órgano de gobierno representativo de todo el país, dirigirá una política de «nacionalización», de impulso del sentimiento de identidad y de auténtica pedagogía catalanista. Sin duda la experiencia de este miniestado catalán, y sobre todo la constatación de sus limitaciones, fue un importante acicate para la pronta reivindicación de un estatuto de autonomía política.

5. 1916: la gran ofensiva camboniana por «una Espanya Gran»

Fue la propia coyuntura de la Gran Guerra lo que llevó a Cambó a la convicción de que era preciso aprovechar la situación para proponer la reforma del Estado, un nuevo tipo de relaciones políticas e incluso plantear la necesaria hegemonía catalana. Era el lógico cambio estratégico que se producía una vez lograda la Mancomunitat. Ahora la prioridad pasaba a ser la intervención activa en la política española. Fue el propio Cambó quien sugirió a Prat de la Riba el título del manifiesto-programa con el que la Lliga Regionalista se presentó a las elecciones generales de abril de 1916: «Per Catalunya i l'Espanya Gran». Era una ambiciosa propuesta de reforma del Estado en la perspectiva de un federalismo abierto incluso a la posible incorporación de Portugal. Era, igualmente, la concreción del viejo ideal de Prat de la hegemonía catalana en España. Porque se trataba de una misma causa que debería producir un doble resultado: «liberar Cataluña» y «transformar España».

Ya en 1912 Cambó había escrito un breve ensayo reflexivo sobre la situación política española, que no fue publicado hasta marzo de 1917 bajo el título de *El pesimismo español*, en el que el político catalanista se mostraba esperanzado y optimista ante el futuro español si se seguía la vía catalana. Tenía una confianza firme en la recuperación del prestigio internacional de España, en su reactivación económica y en su dinamización social si el país lograba sacudirse de la «agonía perezosa» que le embargaba y se conseguía una mayor representatividad de la vida política.

Entonces existía en Cambó la doble convicción de que era preciso articular una propuesta política que, por un lado, hiciese ver a la opinión catalana que «sólo desde el Gobierno de España podía conseguirse y consolidarse la autonomía catalana», y por otro, convenciese a los políticos dinásticos españoles de que «sin Cataluña en España no se puede gobernar». Para avanzar hacia la autonomía era precisa la participación catalana en tareas de gobierno con un proyecto ambicioso para reformar el Estado. Serán éstos los momentos del más lírico discurso camboniano sobre las relaciones entre Cataluña y España: «Yo, que soy nacionalista catalán, no creo que España sea una cosa artificial, sea un ente jurídico ni deba ser únicamente un ente político; yo creo que España es una cosa viva, y que ha sido siempre una cosa viva, y porque algunas de sus partes no han participado en la dirección de ese todo vivo, España, políticamente, hace dos siglos que es un un ser incompleto, un ser mutilado»¹⁰.

La regeneración debería venir de las nuevas energías sociales existentes en la periferia, y de ahí el viaje propagandístico de Cambó al País Vasco en una búsqueda, que resultará bastante infructuosa, de aliados: «tenim fe en la vida regional de tota Espanya i demanem als organismes regionalistes d'Espanya; fe en la vida municipal i demanen l'autonomía del municipi». La propuesta camboniana, igualmente, se presentaba como integradora y solidaria: «tenemos la aspiración de hacer compatibles nuestras aspiraciones con la voluntad de todos los españoles».

Pero todo fue en vano. La principal dificultad política con la que siempre topó Cambó fue hallar aliados sinceros entre las derechas españolas para sus proyectos reformistas a causa de las reticencias que

¹⁰ Frases pronunciadas por CAMBÓ en el Congreso de Diputados el 7 de junio de 1916. Francesc CAMBÓ, *Discursos parlamentaris (1907-1935)*, Barcelona, Alpha, 1991, p.321.

despertaba su catalanismo y el constante recelo existente acerca de la autenticidad de sus convicciones e intereses. Porque su figura despertaba entre las derechas españolas casi tanta admiración como dudas sus propios proyectos. De hecho existía una cierta perplejidad entre los políticos dinásticos, ya que no acababan de entender cómo un estadista tan preparado como Cambó podía defender una causa como la catalana, que no dejaba de ser una causa menor, simplemente «regional». Esta situación tan peculiar quedará reflejada en aquella consideración tan sincera que Cambó hizo sobre el futuro político de los catalanistas: «nosotros somos un grupo de hombres de gobierno que hemos nacido para gobernar, que nos hemos preparado para gobernar, que en la esfera de acción donde hemos gobernado hemos demostrado aptitudes para gobernar, y no obstante, señores diputados, estamos condenados a ser hombres constantemente de oposición» 11.

Se ha llegado a calificar de esquizofrénica la propuesta de Cambó por el hecho de estar basada en una doble táctica, un doble mensaje e incluso en un doble lenguaje político, el de consumo interno catalán y el planteado en el ámbito español. Ciertamente no dejaba de ser una curiosa paradoja que un político, que se afirmaba nacionalista catalán, pretendiera ser el reformador de un Estado que no reconocía a Cataluña como nación. Y el propio Cambó era bien consciente del dilema político en el que se encontraba la Lliga Regionalista. Él mismo ya se lo había planteado a Prat en una carta, en 1916, cuando le decía:

«Tenirn dos pOSICIONS a adoptar: L." Actuar merament de partit nacionalista plantejant amb caràcter greu el plet de les delegacions i fent qüestió fins el punt d'obtenir un Projecte autonomista si no se ens dona satisfaccions. 2.º Actuar d'homes de govern presentant esmenes que millorin i casi alterin per complet el Projecte del govern. Lo més fácil es lo primer. Difficil però prestigiós lo según» 12.

De las dos opciones no hay duda que las preferencias de Cambó iban por la segunda, por actuar «d'homes de govern», y el único gobierno que existía entonces era el de Madrid.

11 *Idem*, p. 321.

12 Carta de Cambó a Prat de la Riba de 5 de noviembre de 1916, Arxiu Prat de la Riba, Arxiu Nacional de Catalunya.

6. El protagonismo de Cambó en la crisis de 1917

Es sabido que fue Cambó quien tuvo la iniciativa de convocar en Barcelona, en julio de 1917, a los parlamentarios opuestos al cierre de las Cortes impuesto por el gobierno Dato con objeto de elaborar una petición formal de reforma de la Constitución española. Era la voluntad de Cambó ofrecer una salida reformista y controlada a la crisis y acabar con el bloqueo en que se encontraba el sistema del turno político. Así, la propuesta de Cambó no pretendía la ruptura del régimen, sino su evolución. Pero la cerrazón de Dato le obligó a ir más allá de lo deseado y se encontró con unos incómodos compañeros de aventura.

Tras la huelga general de agosto y ante la profunda crisis del sistema parlamentario español, Cambó tuvo consciencia de que la vía catalana hacia la conquista del Estado era muy peligrosa. Luchar por la reforma del Estado y por la autonomía apoyándose básicamente en fuerzas anti-dinásticas implicaba desestabilizar de tal forma el sistema que peligraba hasta la propia institución monárquica e incluso el modelo de sociedad. Y eso era demasiado arriesgado para los intereses de los sectores conservadores catalanes, de los cuales Cambó era ya uno de los más genuinos portavoces. Ante la eventualidad de dirigir un movimiento de cambio político progresista y democrático sin tener demasiadas garantías de poderlo controlar y conducir hasta el final, priorizó la opción conservadora. Quizás Cambó tuviera miedo de convertirse en una suerte de Kerensky hispánico.

Fue entonces cuando se produjo la oferta de Cambó al rey: el 30 de octubre 1917, en el curso de la primera entrevista política con Alfonso XIII, el líder catalanista, tras plantear al monarca que el sistema de turno ya no funcionaba, argumentará que la grave situación exigía la formación de un gobierno de concentración con una amplia presencia de las fuerzas no hostiles a la monarquía, entre ellas los catalanistas de la Lliga. Días después se constituía el gobierno Carda Prieto, con la presencia de dos catalanistas.

El final de la crisis de 1917 vino a demostrar que Cambó era el dirigente de un partido básicamente conservador y burgués, consciente de que las reivindicaciones reformistas y catalanistas, si se radicalizaban, podían convertirse en un elemento de perturbación dada la crisis en que se encontraba el sistema político. Acentuar la nota catalanista, exigir la inmediata reforma del sistema podía ser desestabilizador, y

por ello era impracticable en aquellas circunstancias. Pero difícilmente Cambó podrá sustraerse de la acusación de haber utilizado la fuerza del movimiento asambleario para forzar la entrada de los catalanistas en el gobierno para sostener así a la monarquía y para evitar la democratización del proceso constituyente. Cambó había mostrado que su actuación era más hábil que sincera. Su nuevo viraje era una prueba más de su famoso oportunismo. Había desactivado el movimiento asambleario, imposibilitado la consolidación de un bloque de renovación, ya que éste estaba adquiriendo un evidente carácter antidinástico. Fue entonces cuando se eclipsó aquel Cambó considerado casi como un «revolucionario», como un político audaz y ambicioso, lleno de proyectos de futuro.

7. La estéril presencia de los catalanistas en el gobierno

La formación del gobierno García Prieto con dos ministros catalanistas (Ventosa y Rodés) fue considerado por Cambó como un gran éxito; era, según él, la liquidación definitiva del sistema de turno. Su presencia en el gobierno serviría para demostrar que el catalanismo, representado por la Lliga Regionalista, no era separatista, no era una fuerza subversiva, sino que estaba preocupado por buscar la estabilización política y que se sentía implicado en una obra de regeneración de España y de modernización del Estado. Y para realizar esto era imprescindible impedir el desbordamiento revolucionario hacia el cual se dirigía el movimiento asambleista desde agosto a causa del carácter subversivo que le habían dado los izquierdistas.

La Lliga Regionalista, finalmente, estaba presente en el gobierno, se había convertido en un partido gubernamental. Fue, de hecho, la más importante y significativa fuerza política de fuera del sistema de turno que se incorporó al Gobierno. Pero pasaba a ser una fuerza de apoyo y sostén a la monarquía sin que por ello plantease, como cuestión básica para su presencia en el Gobierno, ni la autonomía catalana ni la reforma administrativa y política del Estado. La gran paradoja, o si se quiere la gran contradicción, será que Cambó y la gente de la Lliga accedieron al poder y no lograron desarrollar desde él sus proyectos reformistas y autonomistas, sino que se limitaron a aguantar el deteriorado sistema canovista y la propia monarquía.

Con el tiempo Cambó acabó siendo rehén de su propia política tacticista, no pudo ya salirse del juego de la política dinástica, de

la alternancia limitada a los grupos de siempre, con algunas incorporaciones puntuales. Por eso pienso que puede sostenerse que Cambó acabó aceptando, casi como un mal menor, la resistencia al cambio de las élites dinásticas y su actitud de exclusión de las fuerzas más innovadoras para mantenerse en posición de dominio.

Porque de hecho, ¿qué resultado político se derivó de la presencia de los catalanistas en los Gobiernos? El mismo Cambó fue dos veces ministro con Maura y desde el Gobierno no logró avanzar nada en el objetivo de la reforma del sistema político. Si analizamos en su conjunto la obra de los catalanistas como ministros observamos su especial atención a las temáticas tendentes a la dinamización de la vida económica y a la mejora de los servicios públicos (electrificación de los ferrocarriles, reordenación bancaria, nuevo arancel, etc.). Pero fue casi nula su aportación en una perspectiva estrictamente política. Cambó juzgaba intocable la ley electoral de Maura, que era una pieza clave para la perduración del caciquismo y la corrupción electoral. Tampoco logró imponer medidas importantes tendentes a la descentralización de la Administración local, ni a la reforma y modernización de la Administración central, ni consiguió ampliar las atribuciones de la Mancomunitat, ni menos aún el estatuto de autonomía catalán.

Todo ello será justificado por Cambó con el argumento de que la prioridad política pasaba entonces por reforzar y prestigiar el Estado, ya que la «salvación» vendría a partir de la regeneración y dinamización de la acción estatal. Así, en su conocido discurso de Covadonga, en el verano de 1918, Cambó declaró solemnemente: «No he renegado ni renegaré de mis ideas. Pero os digo que lucharé para que España tenga un Estado fuerte que sea el que la salve.» Fue entonces cuando Cambó habló de que había comenzado la «nueva Heconquis a de España»¹³.

8. 1918: el tacticismo de Cambó: «era arribada l'hora de Catalunya»

A finales de 1918 Cambó se encontró en un momento (fíjese). La disolución del gobierno Maura, provocada por el final de la Gran Guerra, de nuevo patentizaba la debilidad e inconsistencia de la política basada

¹³ Véase F. CAMBÓ, *Memòries, op. cit.*, pp. 287-288.

en el tumo de los partidos dinásticos. Pero a esto se unía un elemento nuevo, el fuerte impacto producido por los 14 puntos del presidente norteamericano Thomas Woodrow Wilson en los que defendía los derechos de las pequeñas naciones europeas a formar Estados, y por ello declaraba el derecho a la autodeterminación de éstas. Y esto despertó grandes esperanzas y expectativas en Cataluña y provocó la reactivación del catalanismo y de la reivindicación autonomista.

Cambó se hallaba así en un grave compromiso, ante la posibilidad de perder el liderazgo en el catalanismo si su política de intervención no servía para lograr la autonomía. Había dado tanta prioridad a «l'Espanya Gran» que ahora había el peligro de perder el control del movimiento catalanista, dada la decepción provocada por los nulos resultados de un año de participación en el Gobierno de los líderes de la Lliga.

Fue entonces cuando se produjo la famosa entrevista entre Cambó y Alfonso XIII del 15 de noviembre de 1918. Había una gran preocupación en el monarca por la complejidad de la situación política a la que había que sumar un nuevo temor, el impacto producido en toda la izquierda española por las caídas de monarquías que se estaban produciendo en Europa: hacía ocho años que había sido destronado el rey de Portugal y ahora lo habían sido el zar de Rusia y los emperadores de Austria y de Alemania. Alfonso XIII era consciente de que su situación no era demasiado sólida. Por ello la oferta política del monarca fue la de desactivar la «cuestión catalana» por la vía de la aceptación de un régimen autonómico. Según Cambó, el rey le habló de la necesidad de liquidar el pleito catalán para poder consolidar la monarquía: «hay que satisfacer de una vez las aspiraciones de Cataluña para que los catalanes dejen de sentirse revolucionarios y de nuevo se adhieran a la monarquía»¹⁴. Y así, de nuevo Cambó impuso un cambio notable a su táctica política: «era arribada l'hora de Catalunya».

Animados por las esperanzas dadas por el monarca, Cambó, la Lliga y los dirigentes de la Mancomunitat se lanzaron rápidamente a articular campaña proestatuto de autonomía. La campaña, que logró un amplio consenso político catalán, estuvo siempre bajo la dirección de la Lliga. El 29 de noviembre de 1918 una delegación de la Mancomunitat presentó a García Prieto un proyecto de Bases de la autonomía para Cataluña que planteaba la existencia de un gobierno catalán, un Parlamento elegido por sufragio universal y otorgaba a la nueva Administración

¹⁴ Para la entrevista Cambó-Alfonso XIII véase F. CAMBÓ, *Memories*, *op. cit.*, pp. 298-300.

muy amplias atribuciones: de hecho todas excepto las relaciones internacionales, defensa, moneda, aranceles, comunicaciones y legislación social.

Pero pronto se apreció la reticencia y frialdad del Gobierno García Prieto, que considerará inaceptable el proyecto catalán, ya que, según él, implicaba una cesión de soberanía. El Gobierno sólo estaba dispuesto a negociar una propuesta de descentralización administrativa, nunca de autonomía política. Y junto a la oposición del gobierno García Prieto había la hostilidad de todas las fracciones liberales e incluso de los dos líderes conservadores más importantes, Maura y Dato. Y para acabar de complicar las cosas se desencadenó un importante movimiento de hostilidad al estatuto catalán, que surgido inicialmente en las Diputaciones Provinciales castellanas, se extenderá notablemente y acabará por tener gran eco en Madrid: en diciembre de 1918 se produjeron en la capital de España importantes «manifestaciones patrióticas» de rechazo total a la autonomía catalana.

Con frecuencia se cita la famosa frase pronunciada el 10 de diciembre de 1918 en el Congreso por Niceto Alcalá Zamora, entonces liberal reformista, en la que afirmaba que el problema de Cambó era que quería ser a la vez el Bolívar de Cataluña y el Bismarck de España. El mismo Cambó reconocerá en sus Memorias que aquella frase «fou una estocada personal de gran efecte... que en el fons expressava una gran veritat»¹⁵. De todas formas es importante recordar que aquella afirmación de Alcalá Zamora era una clara exageración, ya que Cambó nunca había aspirado a ser el libertador de Cataluña, nunca se había manifestado como independentista. Su auténtica y contradictoria aspiración fue siempre ser un estadista español sin por ello renunciar a su condición de dirigente del regionalismo catalán.

Mucho más certera era otra afirmación del propio Alcalá Zamora, aquella que decía que «autonomía y hegemonía son dos cosas absolutamente incompatibles». En efecto, el concepto de hegemonía parecía sólo concebible en un Estado unitario y centralizado. Por ello, si se quería la autonomía política de Cataluña, es decir, gobernar una parte de país, debía lógicamente renunciarse a la hegemonía sobre la totalidad.

La actitud hostil generada por el proyecto de estatuto catalán provocará la indignación de Cambó. Se sentirá engañado por el rey y rechazado por los políticos dinásticos. Por ello impulsará una iniciativa

¹⁵ *Idem*, p. 303.

política fuerte y arriesgada: la retirada de los parlamentarios de la Lliga del Congreso, que serán seguidos también por los republicanos catalanes. Pero, ¿retirarse para hacer qué? ¿Un nuevo movimiento semejante a la Asamblea de Parlamentarios? No, eso era totalmente imposible. La situación era realmente comprometida para la Lliga Regionalista: las derechas españolas eran claramente antiautonomistas, y una parte de las izquierdas, que sí decían compartir esa causa, de hecho planteaba su consecución dentro de un marco republicano.

Para Cambó, en aquel momento, era prioritario no romper el frente autonomista catalán, y por ello protagonizará una nueva peripecia política: hará una declaración espectacular en favor del accidentalismo. El 16 de diciembre, en el Teatre del Bosch de Barcelona, Cambó lanzará aquel famoso eslogan: «¿Monarquía?, ¿República? ¡Catalunya!» y junto a él otra frase aún más significativa, ya que podría interpretarse como un claro rompimiento con el propio Alfonso XIII: «Ni hipotecamos la autonomía a la República ni esperaremos a la República para implantar la autonomía, pero no detendremos nuestra marcha porque pueda caer la monarquía»¹⁶.

Pero el hecho de marcar la prioridad catalanista si bien le permitía mantener el control del movimiento autonomista en Cataluña, le cerraba totalmente las puertas en Madrid. Y eso no se lo podía permitir Cambó, Estaba atrapado por su propia política tacticista. Y menos aún Cambó podía republicanizarse. Su conservadurismo lo impedía y la base social burguesa de la Lliga no lo aceptaría. Aquello era, de hecho, una salida por la tangente, puro fuego de artificio de consumo doméstico.

La causa autonómica, iniciada por él, adquiriría así una dinámica de radicalización. En enero de 1919 sectores importantes del nacionalismo, liderados por el exlliguero Francesc Macia, se organizaban en la Federació Democràtica Nacionalista, que pretendía acercarse a las izquierdas ante la constatación de que buena parte del republicanismo catalán era ya autonomista o federalista.

9. Y de nuevo el repliegue conservador: 1919, cuando Cambó cogió el fusil

El 21 febrero 1919 se inició en Barcelona la huelga general que será conocida por «la Canadiense», que llegará a durar más de un

¹⁶ *Idem*, p. 307.

mes. Ante el desafío de la CNT la patronal barcelonesa movilizó el Soma-tén. Entonces el apoyo de Cambó y de la Lliga a la política de fuerza del Gobierno y de la patronal fue total. De hecho la dirección del recién creado Somatén estaba en manos de gente de la Lliga, y el propio Cambó llegó a patrullar por las calles de Barcelona con el fusil al hombro.

En las Cortes, en la prensa, en los ambientes políticos se dejó de hablar de la autonomía catalana. Se estaban jugando su modelo de sociedad, su propia «vida», como dirá el propio Cambó: «Com-prenguerem que per Catalunya el plet de llibertat havia de postergar-se per un temps, davant del problema de vida»¹⁷. Era un final inesperado y frustrante de la campaña autonomista. Y Cambó era consciente de que la reacción conservadora cortaba en seco la campaña autonomista, así como del carácter «gubernamental y conservador» de la opción adoptada¹⁸. Y también sabía que aquello era el fin de toda colaboración de la Lliga con fuerzas políticas situadas a su izquierda.

Así, fue bien efímera la vigencia del eslogan camboniano de «¿Mo-narquía?, ¿República?, ¡Catalunya!». Cambó había pretendido presentar como accidental, como secundario, todo lo que no fuera la consecución del estatuto catalán. Y a las pocas semanas la consigna era arrinconada ante la crisis social. Y no sólo eso, también debía apelar a las derechas españolas, al Gobierno y al propio Ejército para que garantizaran el orden público y «salvasen» la sociedad en peligro.

Pero el frenazo autonómico también estaba motivado por la constatación que la insistencia en la cuestión autonomista estaba provocando el crecimiento de la derecha españolista en Cataluña, la Unión Monár-quica Nacional, dado que había importantes sectores de la burguesía catalana que identificaban el modelo centralista y la monarquía con la defensa de sus intereses sociales. Esta derecha insistirá en el monar-quismo y en la oposición al autonomismo como principios básicos para garantizar una eficaz política de defensa social, y acusará a Cambó y a la Lliga Regionalista de ser unos irresponsables, ya que a causa de su obsesión catalanista estaban debilitando y dividiendo a las clases conservadoras de Cataluña y de toda España. Así, la Unión Monárquica Nacional empezó a capitalizar fácilmente el descontento patronal ante la falta de firmeza de los gobiernos y las ambigüedades generadas por el tacticismo de Cambó, que dificultaba a las clases conservadoras

¹⁷ *Idem*, p. 329.

¹⁸ *Idem*, pp. 315-316.

catalanas cerrar filas frente a la ofensiva de la CNT. En las elecciones de 1920, la candidatura de la Unión Monárquica en Barcelona se presentó con un significativo eslogan: «Orden Social, Unidad de la Patria, Monarquía, Moralidad Política.»

Por esto también pasó a ser la prioridad política de Cambó y la Lliga el garantizar el orden público en Cataluña como fuera. Y no es una simple anécdota que fuera el propio Cambó quien solicitase a Dato, en noviembre de 1920, que el general Martínez Anido se hiciera cargo del Gobierno Civil de Barcelona para liquidar el activismo cenequista. Después, Cambó llegó a negar en público haber intervenido cerca de Dato en este asunto. Y Dato, que no podía revelar este hecho, dado que se trataba de una negociación reservada, tuvo que callar¹⁹. Con su cínica negativa Cambó pretendió salvar en público su propia imagen en un asunto tan delicado e impopular.

y también debe recordarse que hubo un apoyo incondicional de Cambó a la actuación represiva de Martínez Anido en Barcelona durante todo el gobierno Maura-Cambó, de agosto de 1921 a marzo de 1922²⁰. Y que incluso se produjo una protesta formal de la Lliga Regionalista ante las medidas conciliadoras del gobierno Sánchez Guerra (restablecimiento de garantías) y una clara muestra de incomodo de los regionalistas ante la destitución del tándem Martínez Anido-Arlegui, en octubre de 1922.

A partir de 1919 Cambó tuvo la clara percepción de que no conseguía acabar con las intrigas y las reticencias de los principales líderes dinásticos, especialmente de Dato, Alba y Romanones. Por otra parte, la presencia intermitente de la Lliga en el Gobierno era juzgada de provocadora, oportunista y contradictoria por buena parte de los dinásticos. La conclusión final a que llegarán muchos de ellos, ya en 1922, será bien clara: quizás no había que asustarse tanto ante el audaz Cambó y su poderosa Lliga, ya que aquellos que pretendían poner a Cataluña al frente de España, para hacer la «España nueva» que pedía Maragall, al final no resultaban tan temibles, y su líder no era tan revolucionario ni tan innovador como proclamaba. Era un sentimiento generalizado entre los dinásticos que los catalanistas de la Lliga se habían adaptado

¹⁹ Carlos Seco es quien ha encontrado pruebas de la intervención de Cambó en este asunto; véase «El último gobierno de Eduardo Dato», en el *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CLXXXVIII, Madrid, 1991, p. 278.

²⁰ Soledad BENGOCHEA, *Organització patronal i conjlicte social a Catalunya*, Barcelona, P. de l'Abadia de Montserrat, 1994, p. 255.

al sistema más fácilmente de lo que parecía y que su líder, Cambó, era incapaz de potenciar la constitución de un nuevo sistema de partidos que sustituyera al tradicional bipartidismo y tumo dinástico.

10. Entre la política y los intereses económicos: Cambó hombre de negocios

Los años 1920-1921, en los que Cambó estuvo políticamente algo eclipsado, sirvieron para que el político catalanista se convirtiera en un importante hombre de negocios. Desde hacía años era estrecha su vinculación a la banca (Banca Arnús), a las industrias eléctricas (proyecto de exposición de industrias eléctricas de Barcelona de 1914) y había actuado como asesor financiero en la formación de compañías de gran importancia (Tramvías de Barcelona y Barcelona Traction). Hacia 1918 Cambó era quizás el político español mejor relacionado con los intereses inversores franceses, canadienses, británicos, alemanes y belgas en España.

Por ello, en 1920 fue el principal protagonista de la curiosa operación de ingeniería financiera que llevó a la constitución de la CHADE (Compañía Hispano Argentina de Electricidad), la más importante empresa de electricidad de Latinoamérica, empresa que Cambó presidirá desde 1926. Esto implicó su estrecha vinculación al mundo de los negocios internacionales, y básicamente al holding alemán constituido por la AEG y la SOFINA, que eran los propietarios de la CHADE. Ello permitirá a Cambó relacionarse estrechamente con importantes políticos conservadores europeos, con financieros y hombres de negocios de renombre de los años veinte y treinta. Así, es conocida su amistad personal con el canciller alemán W. Rathenau, con ministros franceses como Louis Loucher, británicos como Lord Swindon y otros ministros belgas, holandeses, etc.

Cambó se había convertido en un hombre de negocios internacional y en un notable multimillonario. En los años veinte y treinta será uno de los pocos políticos españoles que frecuentará ambientes los alta política europea, y quizás era el mejor informado y vinculado a -los grandes intereses económicos internacionales. A partir de entonces la visión política de Cambó estará sin duda condicionada por la propia percepción que tenía de la crisis de los regímenes democráticos europeos, e incluso de las causas que habían propiciado el ascenso del fascismo

italiano y del nazismo alemán. Así, su visión de los problemas de Cataluña y de España se realizará desde una perspectiva mucho más amplia, siguiendo unas pautas interpretativas y unos comportamientos similares a los de la derecha conservadora europea.

11. 1922: la «oportunidad perdida» por Carnhó

Según Carlos Seco, en otoño de 1922 Cambó rechazó su gran oportunidad política al no aceptar la oferta que le hizo Alfonso XIII de presidir el Consejo de Ministros ²¹. La entrevista entre el monarca y Cambó tuvo lugar el 30 de noviembre de 1922 y sólo disponemos de la versión que de ella da Cambó en sus *Memories* ²². El rey le ofreció a Cambó la presidencia del Gobierno, pero con una condición: Cambó debía dejar de actuar como catalanista y pasar a residir en Madrid. Cambó afirma que él no podía traicionar sus convicciones de siempre y que rechazó indignado la pretensión real. Y que todo ello le ratificaba en la tesis de que el rey no comprendía en absoluto la política española de la Lliga. En efecto, Alfonso XIII nunca acabó de entender, ni menos aún aceptar, la propuesta camboniana de «catalanizar España» o de una «Catalunya lluire dins d'una Espanya Gran». No aceptaba la vía catalana para la regeneración de España. Según Cambó, el monarca, con su afán de intromisión en la vida de los partidos dinásticos, había logrado dividirlos y debilitarlos y ahora parecía pretender hacer lo mismo con la Lliga.

Cambó debía ser consciente de los riesgos de una operación de tal calibre; además ya había sido «borboneado» en 1918 y no acababa de fiarse de la propuesta real. Por un lado, sabía que la mayoría de los líderes dinásticos le harían la vida imposible, le harían guerra sin cuartel a su gobierno y además que debería gobernar a base de Decretos-ley y con las Cortes cerradas. Por otra parte, si su estancia en la Presidencia del Gobierno no implicaba el logro de la autonomía catalana, él y la Lliga perderían todo su prestigio como fuerzas catalanistas y los nacionalistas radicales serían los grandes beneficiados.

Porque la frustración de la experiencia gubernamental de la Lliga y del fracaso de la campaña proestatuto de 1918-1919 había provocado

²¹ Carlos SECO. «La gran oportunidad perdida en "Cambó"», en *Cuenta y Razón*, núm. 4, otoño de 1981, p. 49.

²² F. CAMBÓ, *Memories*, *op. cit.*, p. 364.

la rebelión de gran parte de las juventudes de la Lliga y de la intelectualidad que participaba en la propia obra de gobierno de la Mancomunitat. En la Conferencia Nacional Catalana de junio de 1922 se había aprobado por amplia mayoría considerar un error priorizar la política de participación en el Gobierno de España, ya que no había dado ningún fruto positivo en la perspectiva autonomista. Y así, muchos cuadros y militantes de la Lliga y de las juventudes juzgaron que era el momento de optar entre la política «Catalunya endins» o «l'Espanya Gran», que en la práctica aparecían como incompatibles. En la Conferencia se vertieron duras críticas a Cambó, que insistía en mantener la estrategia de intervención en la política española y de ayudar a formar mayorías parlamentarias y gubernamentales que permitiesen la realización del programa de reforma y modernización del Estado. Pero eso ya sonaba a una música demasiado gastada. La mayoría de los participantes de la Conferencia abandonaron la Lliga Regionalista y constituyeron una nueva formación política, Acció Catalana.

En junio de 1923, ante la victoria parcial de las candidaturas de Acció Catalana en las elecciones provinciales, Cambó se sentirá desautorizado y derrotado, por lo cual renunciará a su acta de diputado y anunciará su retirada de la política. Pero aquello era básicamente un acto de despecho. A Cambó le abrumaba la sensación de incompreensión, de amargura ante el total fracaso de su doble pretensión: la creación de un movimiento catalanista de carácter regeneracionista que fuese aceptado por los políticos de Madrid, que pudiese participar en la modernización de España y al mismo tiempo lograr la autonomía política de Cataluña.

Su retirada política irá acompañada de duros ataques a los «ingratos» y «demagogos» jóvenes de Acció Catalana y a los «inútiles» políticos dinásticos. Tenía la firme seguridad de que él estaba muy por encima de una vida política como la española, basada en las intrigas y los ataques rastrosos. Era la suya la actitud de quien se sentía desaprovechado, como lo reflejan claramente sus *Memories*. Y aún más, en una actitud de notable soberbia, Cambó había llegado a la íntima convicción de que un país de desagradecidos como aquél no merecía que él le prestase ni un minuto más de su precioso tiempo. Parecía como si la política catalana, e incluso la española, se le empezase a parecer demasiado pequeña, demasiado localista y, sobre todo, demasiado enredada por pequeñas pasiones y actitudes mezquinas.

Hay, sin duda, mucho de arrogancia y soberbia en el Cambó de aquellos años. Él, un brillante hombre de Estado y de negocios, quizás

el más preparado y documentado de España, de los pocos que tenían una visión continental, por no decir mundial, de los grandes problemas políticos y económicos del momento, se veía rechazado por casi todos. Realmente Cambó no entendía cómo podía quedar arrinconado a causa de las continuas zancadillas que le ponían de «politiquillos» dinásticos, o de las intrigas de un soberado insincero. Y menos aún estaba dispuesto a admitir que las juventudes de la Lliga, sus hijos predilectos, ahora intentasen enmendarle la plana, se rebelasen contra él, le acusasen de haber claudicado en su papel de líder de la causa catalanista y que los «ingratos» intelectuales catalanistas, que tanto debían a la Lliga, ahora resultase que eran más nacionalistas que nadie y le acusasen de haber cedido ante la tentación del poder.

En Cambó había una real incapacidad para comprender que todo ello, de hecho, provenía de su imposible pretensión de ser al mismo tiempo un regeneracionista desde arriba y el líder de un movimiento de masas como ya era el catalanismo. Cambó pretendió ser un hombre de gobierno que pudiese actuar siguiendo las viejas pautas de la política elitista, es decir, desconociendo la opinión pública y utilizando procedimientos autoritarios para bloquear y desnaturalizar la presión en favor de una política de masas. Y todo ello sin abdicar de querer encabezar la movilización catalanista en favor de la autonomía cuando eso le parecía preciso. No entendió que era incompatible utilizar al mismo tiempo los procedimientos de la vieja política para afianzarse en el poder y en cambio, en la calle, ante la opinión pública catalana, ser el líder de las masas que afirmaba querer acabar precisamente con esa vieja política.

Cambó y los hombres de la Lliga mostraron siempre una gran desconfianza ante los efectos producidos por la emergencia de las masas en la vida política. Tenían auténtico temor a que las masas, a que la presión popular, fuera más allá de lo deseado. Se habían encontrado ante los efectos no esperados ni deseados del propio proceso de modernización de los comportamientos políticos, ante los inicios de la presión popular por la democratización. Y Cambó, que siempre fue un elitista, temía depender de las decisiones populares. Consideraba que las decisiones de las masas estaban siempre influidas o por la demagogia o por las emociones. La frase de Cambó que encabeza este artículo es una fiel expresión de este sentimiento.

A partir de 1917 Cambó vio como un peligro real la democratización política de España. Porque ¿a quién acabaría beneficiando la democracia

política? Desde luego no a la Lliga, ni a la burguesía catalana, ni menos aún a los partidos dinásticos. Y sí muy claramente al nacionalismo radical de Macià, y evidentemente a las izquierdas, al republicanismo e incluso al socialismo. Así, ante la creciente radicalización obrera que tenía lugar en Cataluña, la Lliga fue apartándose de las políticas gubernamentales y del propio juego parlamentario. Cada vez era mayor su «comprensión» hacia los sectores que pedían acabar con la inoperancia gubernamental y solicitaban una salida de autoridad. En 1923 era evidente el asentimiento de los regionalistas a la presión patronal que consideraba inaceptable la «tolerancia» gubernamental con el obrerismo, que apelaba a la intervención militar y simpatizaba con las soluciones autoritarias y corporativas. Por ello, en septiembre de 1913, ante el golpe de Primo de Rivera, Cambó era bien consciente de que «la Dictadura española nacía en Barcelona»²³.

12. Preparando la salida a la Dictadura

En septiembre de 1923 Cambó estaba distanciado, física y políticamente, de la realidad catalana y española. Desde su yate «Catalonia», en la costa jónica, enviará un telegrama a la gente de la Lliga recomendando reserva y abstención ante el nuevo régimen. Su actitud ante la Dictadura no será hostil, sino de simple distanciamiento y de no colaboración activa. Ahora bien, Cambó condenará duramente todas las actuaciones conspirativas de la oposición, fuera ésta anarquista, republicana, monárquica o nacionalista. A partir de 1926 estará básicamente preocupado por el problema de encontrar una salida no traumática a la situación y estaba convencido de la necesidad de separar la corona del dictador. Según Cambó, se debía presionar para acabar con la Dictadura sin que ello afectase al prestigio de la monarquía. Era ésta una operación conocida y tolerada por el propio Alfonso XIII. El objetivo sería hacerse con el poder, con la jefatura del Gobierno, a cambio de salvar al rey. Y ya desde el poder Cambó podría aprovecharse de que, como la Dictadura había desmantelado el sistema de los partidos dinásticos, era más factible transformar el panorama político español.

²³ Jesús PABÓN, *op. cit.*, vol. 11, p. 449.

El nuevo proyecto de regeneración de España, ideado entonces por Cambó, como ha explicado Enric Ucelay Da Cal²⁴, estaba basado en la previa creación de un nuevo clima político y cultural: había que acabar con la vieja política, que era la que había conducido a la Dictadura, y para ello era preciso contar con el apoyo de los intelectuales más innovadores. Así, estrechar el contacto y entendimiento de los intelectuales castellanos y catalanes serviría para renovar el clima político con aires de auténtico cambio. De hecho se trataba de crear unas «nuevas élites» que tendrían la misión de crear el ambiente cívico para buscar una salida política que obtuviese un amplio consenso. Era preciso que el protagonismo político, en el momento del final de la Dictadura, lo asumieran estas nuevas élites, formadas por los intelectuales europeístas y reformistas, dirigidas, eso sí, por Cambó y por los pocos políticos no desprestigiados.

Este proyecto, resumido por Cambó en su libro semiclandestino *El silenci de Catalunya* (1927), aparecerá más tarde publicado con el título de *Per la concordia* (1930). Se trataba de lograr una solución de concordia ante la evidencia del fracaso de las opciones más extremas: el asimilismo centralista de matiz castellano y el separatismo secesionista de Macia. Estas publicaciones, junto con otras muchas, como la propia biografía de Cambó que éste encargó a Iosep Pla, formaba parte de la campaña política organizada por el político catalanista para presentarse como el hombre que debía presidir la salida de la Dictadura.

La tesis de Cambó era bien simple: dado que él era el único político del «antiguo régimen» no desprestigiado, él era quien debía presidir la transición desde un Gobierno que ofreciese un programa reformista que debía iniciarse con la restauración de la Mancomunitat de Catalunya, para lo cual se podría incluso utilizar la propia legislación primoriverista. El proceso culminaría en la reforma de la Constitución de 1876. Y todo ello sin salirse de la legalidad y sin que se cuestionase la monarquía.

Así, el principal objetivo de Cambó, desde 1926, era prepararse para su gran ocasión, cuando Alfonso XIII se viera obligado a llamarle para que salvase el trono. Pero en 1930, cuando el monarca se deshizo del Dictador, la segunda oportunidad de Cambó se frustró a causa de

²⁴ Enric UCELAY DA CAL, «Vanguardia, Fascismo y la interacción entre el nacionalismo español y el catalán: el proyecto catalán de Ernesto Giménez Caballero y algunas ideas corrientes en círculos intelectuales de Barcelona, 1927-1933», en Justo G. BERAMENDI y Ramón MÁIZ (comps.), *Los nacionalismos en la España de la II República*, Madrid, Siglo XXI, 1991, pp. 39-96.

su grave enfermedad. De todas formas pienso que hay que relativizar la cuestión del cáncer de garganta que le impidió asumir la presidencia del Gobierno en febrero de 1930. Porque de hecho Cambó tampoco tenía un proyecto político muy diferente del que impulsó el general Berenguer. La enfermedad tan sólo le imposibilitó tener presencia y proyección pública durante todo el año 1930. Pero el programa de Cambó seguía vigente y así lo entendió tanto el propio monarca como, de hecho, el gobierno Berenguer.

La propuesta de Cambó partía de la simplista consideración de que la Dictadura había sido un paréntesis, de que «aquí no ha pasado nada», o casi nada, y que se podía retomar al sistema constitucional sin demasiados traumas. Después el Gobierno ofrecería a las fuerzas de la oposición la posibilidad de reformar el sistema. Con ello Cambó intentaba una operación muy arriesgada que tenía un triple objetivo: controlar finalmente el poder, salvar la monarquía y al mismo tiempo lograr la autonomía catalana. Para ello era preciso constituir una nueva formación política que dirigiese todo el proceso.

Pero la operación del Centro Constitucional fue montada por Cambó a contracorriente, con una notable ceguera política, ya que era evidente que la opinión mayoritaria de la ciudadanía era considerar a la monarquía el gran obstáculo para la democracia y para la propia autonomía catalana. Además, el Centro Constitucional en realidad no dejaba de ser un partido camboniano, con algunos mauristas y miembros de las derechas regionales²⁵. En él se notaba la presencia de demasiadas caras viejas, cuando entre los republicanos empezaban ya a predominar las caras nuevas. Y es que en 1931 los monárquicos españoles se encontraban sin organización, ni fuerza política, ni prestigio ciudadano. Sólo tenían el Gobierno.

Quizás fuera pertinente formularse varias preguntas: ¿cómo un político tan perspicaz y «moderno» como Cambó pudo convertirse en 1931 en el último bastión de la monarquía? ¿Por qué no actuó como el «Stresman español»? ¿Por qué no fue el principal inspirador de una nueva derecha republicana cuando en aquel momento era ya generalizado el abandono del barco monárquico? ¿Qué le ligaba realmente a la figura de Alfonso XIII cuando era evidente que el monarca nunca le había tenido demasiada simpatía?

²⁵ Isidre MOLAS, *El catalanismo hegemónico. Cambó y el Centro Constitucional*, Barcelona, A. Redondo, 1972.

Pienso que si Cambó se lo jugó todo a una carta, a la de la monarquía, era porque tenía un miedo terrible a un cambio político brusco. Cambó no podía «hacerse republicano», entre otras cosas porque la propia realidad catalana se lo impedía. La gran diferencia de Cataluña respecto al resto de España era que durante la Dictadura los liberales catalanistas se habían republicanizado en su totalidad. En cambio, en el resto de España las conversiones al republicanismo de los liberales y de los conservadores fueron más tardías e interesadas, desde Miguel Maura a Osorio y Gallardo, pasando por Alcalá Zamora o el propio Sánchez Guerra. Cambó, que siempre había sentido una profunda animadversión por los viejos republicanos, consideraba que los nuevos eran unos simples arribistas.

y así se encontró con la amarga sorpresa de los días 12-14 de abril. Cambó fue vencido por un adversario al que siempre había despreciado. Sorprendido y espantado por aquel clamor popular que en las calles de Barcelona identificaba el cambio político con el famoso grito de «¡Visca Macia! ¡Mori Cambó!», optó por marchar al exilio el 14 de abril en compañía de personajes tan significativos como los generales Martínez Anido o Barrera o como los políticos Calvo Sotelo y Aunós. Curiosamente Cambó huía a París con los «hombres de la Dictadura».

Agustí Calvet (Gaziel), el director de *La Vanguardia*, señalará entonces los dos grandes errores de Cambó: el primero, creer que la república no llegaría nunca; el segundo, que si venía aquello sería la revolución social. Cambó había utilizado para describir ello una frase bien explícita: «l'anarquista de Terrassa s'ho menjaria tot». Y de nuevo Cambó se equivocó. Y por ello, en abril de 1931, Cambó reaccionó con enojo ante el hecho de que la transformación política de España y la autonomía catalana, a las que tanto había aspirado, llegaran conducidas por las izquierdas republicanas a las que tanto había desdeñado ²⁶.

²⁶ No hablamos en este artículo de la actitud y del pensamiento de Francesc Cambó durante la Segunda República, la Guerra Civil y el franquismo. Para ello puede consultarse mi libro *L'últim Cambó (1936-1947). La dreta catalanista davant la Guerra Civil i el primer franquismo*, Eumo, Vic, 1996. Hay también su versión castellana algo modificada: *El último Cambó, 1936-1947. La tentación autoritaria*, Barcelona, Grijalbo, 1997.

13. Carnhó y la democratización del sistema político de la Restauración

Recapitulando un poco, creo que es importante recordar que un elemento clave de la crisis del sistema liberal de la Restauración era que, aproximadamente a partir de 1914, el poder legislativo, en concreto el Congreso de los Diputados, fue cada vez menos dócil al ejecutivo. y con ello se alteraba uno de los «principios» centrales de la estabilidad diseñada por Cánovas: que «los votos dependieran del Gobierno» y no al revés. Desde entonces los diferentes gobiernos, tanto los liberales como como los conservadores, tuvieron grandes dificultades para controlar realmente a los parlamentarios. Este fenómeno había surgido no sólo como consecuencia de la división de los partidos dinásticos en fracciones rivales, sino que también había sido provocado por la presencia, cada vez más numerosa, de diputados que representaban a fuerzas políticas de fuera del turno: republicanos, reformistas, catalanistas, nacionalistas vascos y socialistas. Y buena parte de estos diputados provenían de distritos en los que se estaba produciendo una notable modernización de los comportamientos políticos y por ello tenían una representatividad y una legitimación democrática muy superior a los dinásticos, la mayoría de los cuales eran aún fruto del encasillado y del fraude.

El creciente descontrol gubernamental del legislativo implicaba el crecimiento del protagonismo político del Congreso y el hecho de que éste actuase como una Cámara más independiente y más crítica respecto del Gobierno. Ante esta situación los líderes dinásticos no fomentaron la autonomía y representatividad del legislativo, es decir, no favorecieron la democratización del sistema político, sino que hicieron todo lo contrario. Algunos, como Dato en 1917, optaron por acentuar el autoritarismo, por gobernar a base de Decretos-ley, manteniendo las Cortes cerradas. Otros, como García Prieto o el mismo Maura, optaron por ensanchar el turno, constituyendo gobiernos de concentración que incluían a los catalanistas de la Lliga o a los reformistas.

La mayoría de los líderes dinásticos eran bien conscientes de los riesgos políticos que conllevaba favorecer un proceso de real democratización. Porque una auténtica democratización significaba, en primer lugar, que hubiera realmente una competencia electoral libre y que se produjese el fin de la intervención partidista del ejecutivo en las

elecciones. La democratización implicaba posibilitar la libre concurrencia de todo tipo de candidaturas, que éstas pudieran realizar sin trabas su campaña electoral, que se garantizase la libre participación del «auténtico» electorado y que no hubiera fraude en el escrutinio final de los votos.

Pero los líderes dinásticos no estaban dispuestos a correr los riesgos que todo esto significaba y no aceptaron el reto de la incertidumbre del resultado de unas elecciones libres y democráticas. Incapaces de crear y dirigir unos partidos de masas que obtuviesen un apoyo real de la ciudadanía, se aferraron a la seguridad del turno, que les garantizaba estar periódicamente en el Gobierno. Porque, como certeramente ha señalado José Varela Ortega, un elemento clave de la crisis española era que entonces «alternancia y democracia eran elementos excluyentes»²⁷. Los dirigentes dinásticos eran conscientes de que el proceso de movilización que se estaba produciendo en muchas ciudades, esa creciente politización de las clases medias, conllevaba el incremento de la democratización, y ello beneficiaba básicamente a las opciones políticas renovadoras, fuesen los nacionalistas vascos y catalanes o los republicanos y los socialistas. Y si favorecían la democratización del sistema ese fenómeno se extendería al conjunto de España, incluso a muchos distritos rurales. Y ello sería el fin de los partidos dinásticos.

Por todo ello, es bien cierta la tesis de Teresa Camero, que atribuye la no democratización del sistema de la Restauración a la ausencia de voluntad renovadora de las élites dinásticas²⁸. En efecto, estas élites tenían miedo a la participación ciudadana y a la democratización, porque ello significaba su liquidación, y por eso no favorecieron su «suicidio político». Así, hubo una clara voluntad de los dinásticos por dificultar al máximo la institucionalización de un proceso democrático y el aumento de la representatividad de los parlamentarios. Y esto quedó claramente patentizado en el acuerdo general con la Ley Electoral de Maura de 1907, que reforzaba los procedimientos para excluir candidatos, dificultaba la libre competencia electoral, consolidaba el poder caciquil y perpetuaba el fraude.

Cambó y la Lliga al acceder al Gobierno, a partir de 1917, lo hicieron forzando el sistema del turno, pero de hecho no lo destruyeron,

²⁷ José VARELA ORTEGA, «Orígenes y desarrollo de la democracia: algunas reflexiones comparativas», en *Política en la Restauración (1875-1923)*, Seminario de Historia Comparada, Instituto Universitario Ortega y Gasset, S. A., p. 81.

²⁸ Teresa CARNERO ARBAT, «Democratización limitada y deterioro político, España 1974-1930», en *Política en la Restauración (1875-1923)*, *op. cit.*, pp. 111-138.

sino que lo ampliaron y lo consolidaron. Desde el Gobierno no favorecieron la transformación, en un sentido democrático, del sistema electoral, sino que aceptaron las inmovilistas reglas del juego de los dinásticos. Y eso pese a que la Lliga era una fuerza política precisamente surgida de un importante proceso de modernización de los comportamientos políticos. Durante la crisis de 1917 Cambó se percató de los peligros de la democratización y por ello optó por la solución conservadora. La irrupción de la política de masas, en buena parte canalizada por republicanos y socialistas, le producía auténtico pavor y por ello no estuvo dispuesto a afrontar los costes imprevistos, e indeseados, de la democracia.

Así, Francesc Cambó acabó actuando como un dirigente dinástico más. Como Maura, Dato, La Cierva, Canalejas, Moret o Romanones también Cambó acabó por oponerse a la institucionalización de la democracia política en España. Su terror a «las masas», su desprecio aristocratizante por los republicanos y socialistas fue superior a su voluntad reformadora. Y esta involución conservadora y antidemocrática se realizó sacrificando el objetivo de la autonomía política catalana. Su extremo tacticismo de los años 1914-1922 finalmente había producido unos frutos bien escasos. Su presencia en el Gobierno no había servido ni para ampliar las competencias de la Mancomunitat de Catalunya.

Francesc Cambó ha sido calificado, quizás abusivamente, de reformista y modernizador. Porque si bien su diagnóstico sobre las causas de la crisis política española de principios de siglo podía ser relativamente acertado, cuando pudo llevar a cabo sus ambiciosas propuestas de cambio se tiró atrás. Incluso puede achacársele que cuando podía favorecer y extender por toda España esa movilización ciudadana y esa democratización que a él le había encumbrado en Cataluña no lo hizo.

Cambó fue en su tiempo una figura polémica que despertó apasionadas muestras de adhesión y rechazos vehementes. Pese a su apariencia innovadora a la postre se reveló como un conservador con una escasa sensibilidad política ante la problemática social y ante los lógicos costes de todo proceso de democratización. Frente a la conflictividad social, su tendencia natural fue defender la primacía del principio de autoridad y exigir de los gobiernos el mantenimiento del orden público con los procedimientos que fuesen precisos y no mirar de averiguar las causas del descontento obrero.

Sus propuestas políticas fueron, en principio, más audaces y avanzadas que las de Maura o de Dato, pero Cambó pretendía un imposible:

reformular la vida política española sin que las nuevas fuerzas políticas y sociales de la izquierda ejercieran ninguna influencia en todo el proceso de cambio. Quería modernizar el sistema político y administrativo sin reconocer que para realizar tal cosa era preciso dismantelar los caducos partidos dinásticos y sus tramas caciquiles y prescindir de buena parte de la vieja élite política. Cuando se dio cuenta de que ello era lanzarse a una aventura política de muy incierto resultado, optó por la seguridad que le daba estar ya en el Gobierno.

¿Fue Cambó un político moderno? Depende de como se mire. En el contexto del sistema elitista de la Restauración quizás sí, pero es más discutible afirmarlo en una perspectiva de aspiración a un sistema realmente abierto, participativo y democrático. Pienso que más bien fue un regeneracionista que utilizaba formas y discursos de notable modernidad. Un político que a la postre utilizó procedimientos «antiguos» para un fin modernizador pero no democratizador. Un regeneracionista audaz, pero que no dejaba de ser un político que pronto se encontrará cómodo dentro de un sistema político basado en el elitismo y la exclusión.

Como Antonio Maura, Francesc Cambó será incapaz de adaptarse a la nueva situación política creada por la irrupción de la política de masas y ante los auténticos retos de la democratización del sistema político español. Y por ello no dejará de ser un político tan elitista como el mismo don Antonio. Como él, Cambó siempre se manifestó temeroso de la auténtica participación de los ciudadanos, siempre reticente ante la democracia. Porque Cambó creía en el protagonismo de las minorías dirigentes, creadoras, tanto en el terreno político como en el cultural. Para él la movilización ciudadana no dejaba de ser un recurso instrumental que siempre debía estar subordinado y controlado «desde arriba».